

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Ricardo Salvatore (comp.): *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Rosario: Beatriz Viterbo (Estudios Culturales) 2005. 383 páginas.

Ricardo Salvatore (comp.): *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*. Rosario: Beatriz Viterbo (Estudios Culturales) 2007. 408 páginas.

Culturas imperiales es el resultado de un coloquio internacional que, con el título “Repensando el imperialismo”, tuvo lugar en agosto de 2000 en la Universidad Torcuato Di Tella en Buenos Aires. El volumen no incluye todas las ponencias presentadas en aquel encuentro, aunque incorpora algunas que habían sido publicadas con anterioridad, como la del mismo Salvatore y la de G. Joseph. En la introducción, el compilador observa que el tema del imperialismo había estado “ausente en las indagaciones y preocupaciones de los investigadores argentinos de los años ‘80 y ‘90”, y explica que la intención del coloquio y del volumen consiste en “re-colocar el estudio del imperialismo en la agenda de los historiadores, críticos culturales y científicos sociales locales”. En irónica concordancia con este objetivo, la mitad de las contribuciones publicadas provienen de la academia estadounidense, donde el tema, que había sido coyuntural también en América Latina durante los años sesenta y setenta, es puesto en circulación por la teoría poscolonial, desde donde ahora se lo reimporta. En “Revisitando la noción de imperialismo cultural” (pp. 37-54), Renato Ortiz, después de esbozar la historia del concepto más gene-

ral de ‘imperialismo’, resitúa la noción de ‘imperialismo cultural’ en el contexto de la globalización. Walter Mignolo (pp. 55-88) retoma la conocida concepción de ‘colonialidad del poder’, elaborada junto con A. Quijano y otros pensadores a lo largo de los noventa, recortándola sobre una crítica de las teorías del ‘sistema-mundo moderno’ de I. Wallerstein, la ‘sociedad red’ de M. Castells y el ‘imperio’ de Hardt y Negri. La contribución de Gilbert M. Joseph, “Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina” (pp. 89-120), coincide con el prólogo al volumen colectivo *Close Encounters of Empire* (1998) del que es coeditor junto con Salvatore y Catherine LeGrand; habría sido deseable en este caso una transformación del formato ‘prólogo’, que queda demasiado evidente y produce cierta incomodidad en la lectura.

Los artículos que siguen se caracterizan por iluminar aspectos específicos de las culturas imperiales y sus discursos científicos. Ileana Rodríguez (pp. 121-143) se ocupa del discurso de la mayística, una “forma de autoridad” que parte de “la discrepancia entre la predicación a la que [la mentalidad moderna] somete a los indígenas Mayas vivos y los criterios estéticos que suscitan los restos urbanos de los muertos”, y analiza los avatares de esa discrepancia hasta el discurso de la etnografía contemporánea. Zeynep Çelik (pp. 145-164) estudia como lugares de memoria de Argel la Place d’Armes (luego Place du Gouvernement, desde 1962 Place des Martyrs) y la Place Bugeaud (luego Place Abdel Kader), así como diversas representaciones de *Les femmes d’Alger*, el cuadro de Delacroix retomado por Picaso, por Assia Djebar en la literatura y en el

cine por Kamel Dahane. Sobre la iconografía visual, especialmente la fotografía, y en particular la que vehiculizan los medios estadounidenses, versa la contribución sobre la “guerra simbólica” del 98 de Arcadio Díaz Quiñones (pp. 165-183) quien, siguiendo a V. L. Rafael, observa que la memoria gráfica permite la coexistencia de versiones contradictorias de la historia, porque la fotografía muestra también “el revés de la trama”, lo que está “más allá de la mirada imperial”. Andrea Giunta (pp. 185-211) presenta, en un artículo muy bien documentado, los avatares en la “carrera” de Rockefeller como embajador del arte norteamericano en América Latina entre 1937 y 1969, y analiza las implicaciones políticas que tuvo allí el discurso norteamericano del “internacionalismo” artístico de la época. John MacKenzie (pp. 213-241) describe guías británicas coloniales de la India, África y las Antillas Occidentales de los siglos XIX y XX, y concluye que “la cosmovisión imperial” puede rastrear hoy hasta la serie de Lonely Planet y las Rough Guides —si bien ese rastreo es, en este caso, una propuesta, un estudio que queda por hacer—. James R. Ryan (pp. 243-267) sostiene que la fotografía, en tanto “instrumento de clasificación y visualización del mundo no europeo”, de ningún modo era solamente un vehículo coherente y eficaz de represión imperial, y matiza esa tesis tan difundida estudiando las fotografías de los misioneros ingleses Alice y John Harris, que documentan la violencia estatal ejercida sobre los cuerpos de los africanos en el Congo del rey Leopoldo, poniendo en práctica así “una táctica de inversión de la vigilancia colonial”. En “Panamericanismo práctico”, sobre “la mecánica de la penetración comercial norteamericana” desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta finales de la década de 1920, Salvatore (pp. 269-300) analiza un

conjunto de manuales sobre temas empresarios destinados a exportadores y manufactureros norteamericanos y pregunta por la representación de América del Sur en ellos y por la inscripción de estrategias de acción para los empresarios norteamericanos. Óscar Terán (pp. 301-314) revisa la constitución del discurso del espiritualismo y el anti-imperialismo latinoamericano en los umbrales del siglo XX, y finalmente Lawrence Derby (pp. 315-345) se ocupa del fenómeno actual del “chupacabras”, interpretando esa figura como metáfora para “imaginar la extracción de fluidos vitales” de América Latina, “como el agua, el dinero y la fuerza vital” bajo el régimen de NAFTA. (Los artículos de Joseph, Çelik, MacKenzie, Ryan y Derby fueron traducidos del inglés por Horacio Pons, el trabajo de Ortiz del portugués brasileño por Ada Solari.)

También *Los lugares del saber*, que avanza sobre algunas de las líneas planteadas en *Culturas imperiales*, sobre todo en lo que hace a la circulación y localización del conocimiento científico, reúne contribuciones presentadas en un coloquio organizado por la Universidad Torcuato Di Tella, en noviembre de 2005, sobre el trasfondo de un proyecto de investigación conjunto. A diferencia del volumen anterior, que reproducía en cierto modo el gesto imperialista en la selección de los autores incluidos, se privilegian aquí las contribuciones de investigadores cuyo lugar de enunciación es la academia local. Los once estudios giran en torno a “la cuestión del enraizamiento local de saberes, disciplinas y corrientes científicas de carácter transnacional”, preguntando también por los factores que hacen que “un proyecto de conocimiento o una disciplina adquiera el carácter de local” o se torne transnacional, enfocando casos concretos.

Trazando un amplio marco histórico-filosófico, Alberto G. Ranea (pp. 35-57)

observa que si bien el conocimiento científico siempre está localizado y nunca resulta de una “mirada desde ninguna parte”, “una vez propuesto y desarrollado habita también otros lugares regidos por leyes propias y con cualidades irreducibles al vínculo social entre seres humanos”. Grant Farred (pp. 59-92) se ocupa de lo vernáculo como “un sitio de producción epistemológica”, retomando posiciones ya elaboradas en su libro *What's my Name?* (2003), donde analiza las figuras de C. L. R. James, Stuart Hall, Muhammad Ali y Bob Marley como intelectuales vernáculos a partir de una crítica del concepto de intelectual orgánico de Gramsci (el artículo fue traducido del inglés por María Agustina Laurito). Karina Galperin (pp. 93-124) estudia el fenómeno de traducción como “modo de reivindicación de saberes caracterizados como locales y como instrumento de configuración de redes entre sujetos afines pero distantes tanto en el tiempo como en el espacio”, en el caso del Inca Garcilaso, traductor de León Hebreo, y de Jorge de Montemayor y sus traducciones de Aussia March. Irina Podgorny (pp. 125-157) muestra la importancia de estudiar los intercambios de objetos, de personas y de información y las redes materiales, enfocando la venta y el traslado de fósiles de las provincias del Plata especialmente a Londres y París en la primera mitad del siglo XIX, y ligando “la historia de la ciencia del siglo XIX al estudio de la geopolítica y de las tecnologías de la información y de la comunicación en un mundo integrado (y fragmentado) por el comercio y el mercado”. Andrés H. Reggiani (pp. 159-187) se ocupa de “los circuitos institucionales y personales” que facilitaron “la circulación de saberes médico-sanitarios” entre Argentina y Europa, y “su uso para los fines de la diplomacia cultural y los intereses económicos” europeos, entre 1870 y 1940.

Focaliza primero a los estudiantes extranjeros en las universidades de Europa occidental, en particular Alemania, Austria y Francia, que devienen particularmente visibles con el proceso de nacionalización de dichas universidades; se concentra luego en las facultades de medicina de esos tres países que “monopolizaron el grueso de la demanda académica internacional”, y finalmente se ocupa de los argentinos que iban a estudiar medicina, o participaban de reuniones científicas de asociaciones médicas internacionales, en particular de quienes componían las delegaciones argentinas a la Alemania de Hitler. De la cultura arquitectónica de posguerra en Gran Bretaña, en relación con la arquitectura brasileña se ocupa Jorge F. Liernur (pp. 189-233); con el ejemplo de los arquitectos Alison y Peter Smithson estudia el modo en que la arquitectura brasileña incide en la reestructuración de la arquitectura británica de posguerra, que, si bien incorpora algunos de los aportes del tropicalismo, termina rechazando ese modelo y presenta la síntesis como producto de la arquitectura europea. Hernán González Bollo (pp. 235-267) se centra en el discurso demográfico europeo que a partir de mediados de la década de 1920 pronostica un descenso de las tasas de natalidad en Europa, y observa cómo ingresa ese diagnóstico al campo científico argentino a través de Alejandro Bunge y qué prácticas políticas suscita. Juan P. Scarfi (pp. 269-293) estudia la apropiación, en los años de entreguerras, del pensamiento de Francisco de Vitoria por parte del jurista estadounidense James Brown Scott para reconfigurar el derecho internacional moderno, y observa que esa apropiación seguramente tuvo que ver con la coincidencia, en ambos pensadores, de un “lugar imperial desde el que ese saber se formulaba”. Retomando resultados de un estudio mayor sobre el tema, Marta Penhos (pp. 295-326) presen-

ta un análisis de los textos e imágenes de la Expedición Malaspina vinculados con la Patagonia, detectando en ellos una tensión entre el deseo de exactitud por un lado y las ambigüedades e incertidumbres por el otro, y analizando la exactitud y la verosimilitud como estrategias de representación cuyo objetivo es la incorporación a un sistema de conocimientos y de dominio de territorios y habitantes que no responden necesariamente a los ideales de la empresa colonial. Sobre el impacto de las conferencias pronunciadas en 1914 por el politólogo estadounidense Leo Rowe en la Universidad Nacional de La Plata ante intelectuales locales entre los que se encontraban J. V. González, E. Zeballos, R. Rivarola y otros, versa el aporte de Ricardo D. Salvatore; el compilador del volumen analiza “el proceso comunicativo entre el académico visitante y la *intelligentsia* nativa” poniendo el acento en la “adaptación de un grupo de ideas o principios centrales a las condiciones históricas e instituciones locales”. Para Salvatore, “las redes construidas por intelectuales del norte y del sur” tuvieron un efecto perdurable y condujeron a la incorporación de América Latina, hacia 1930, en la “esfera de visibilidad y preocupaciones de la ciencia y las humanidades norteamericanas”. Cierra el volumen una contribución de Paula Bruno (pp. 369-400) sobre el francés Paul Groussac, quien fuera entre 1885 y 1929 director de la Biblioteca Nacional en Buenos Aires; en tensión entre “el ideal mundo letrado francés y la gran aldea argentina”, Groussac aparece en esta contribución como alguien que, desligado de los vaivenes de la política local, alcanzó en cierto modo el perfil de un “intelectual neto” en tiempos en que esa figura todavía no estaba constituida en el Río de la Plata.

Si *Culturas imperiales* me resultaba todavía irónicamente tributario de un cier-

to imperialismo cultural, perceptible en los temas y sus abordajes a partir de un marco teórico fuertemente arraigado en los estudios poscoloniales, así como también en la proveniencia de buena parte de los autores y en los criterios de inclusión y exclusión puestos en juego, *Los lugares del saber* supera a mi juicio esa debilidad estructural y presenta un conjunto notable de trabajos en torno a una problemática que sólo es abordable, como ejemplarmente se observa en este volumen, a través del estudio de casos concretos que ponen en juego estrategias de traducción y recodificación en disciplinas tan variadas como la paleontología, el derecho internacional, la arquitectura, las ciencias políticas o la demografía, entre muchas otras.

Andrea Pagni

Raúl Marrero-Fente (ed.): *Poéticas de la restitución. Literatura y cultura en Hispanoamérica colonial*. Newark: Juan de la Cuesta (Hispanic Monographs; Estudios de literatura hispanoamericana “Irving A. Leonard”, 7) 2005. 384 páginas.

Karl Kohut/Sonia V. Rose (eds.): *La formación de la cultura virreinal. Vol. III: El siglo XVIII*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (Textos y Estudios Coloniales y de la Independencia, 13) 2006. 589 páginas.

Los volúmenes que voy a reseñar (sumariamente) representan dos contribuciones de especial relieve al estudio de la literatura hispanoamericana, a partir de la época colonial, el primer volumen, y centrado en el siglo XVIII el segundo, como denuncian sus títulos. Ambos son fruto de proyectos investigativos de gran alcance,

que reúnen a estudiosos de varias partes del mundo americano y europeo, de afirmado prestigio.

Precedido por un estudio fundamental de Elena María Calderón de Cuervo acerca del “problema de los géneros” en los virreinos americanos, el volumen cuidado por Raúl Marrero-Fente, de la Universidad de Richmond, representa un enfoque interdisciplinario y comparado en los estudios coloniales de América, como exhaustivamente explica el mismo editor en la presentación que antepone a la serie de trabajos reunidos, los cuales se dedican, cada uno con metodología propia, sea a escritores y obras conocidos, sea a sacar del olvido, o a veces de nuestro total desconocimiento, escritos y autores sobre los que es justificado llamar la atención, contribuyendo a ampliar el concepto de literatura, que se mezcla con el de documentación histórica y social.

Por eso, al lado de estudios dedicados a personalidades de la literatura colonial y a obras bien conocidas y estudiadas —es el caso de Bernardo de Balbuena y su *Grandeza mexicana*, de la Monja Alférez y su autobiografía picaresca, de Espinosa Medrano y el *Apologético*, o bien de Juan Rodríguez Freyle y su *Carnero*, a los que aportan novedades valiosas estudiosos como, en el orden, Trinidad Barrera, Mariana Calderón de Puelles, Ángel Esteban, José Carlos González Boixo, Carmen de Mora—, hay una extensión positiva a otros ámbitos culturales: el teatro evangelizador novohispano, en el que Beatriz Aracil Varón estudia el influjo del milenarismo franciscano; las relaciones de viajes al Nuevo Mundo del siglo XVI, que Blanca López de Mariscal investiga en cuanto racionalización de lo maravilloso; Juan Díaz de Solís, al que se dedica Walter Rela; la poesía del padre Juan de Cigorondo, valorizada por Jaime José Martínez Martín; o, en el ámbito de la circulación

de culturas, el estudio de Fermín del Pino sobre “Aires clásicos en los Andes” y la relación de los jesuitas con la religión incaica; además del de Marcelo Villena Alvarado sobre “El discreto encanto de la Eucaristía”, estudio de una “experiencia ficcional” en el tercer Catecismo del tercer Concilio limense de 1583; y el estudio de Pedro Guibovich Pérez acerca de “Cultura y élites” en la Lima del siglo XVII. A todo esto hay que añadir los estudios interesantísimos de Marcela A. Suárez sobre el didactismo landivariano en la *Rusticatio mexicana*; de Ana María Morales acerca de la conducta de la Inquisición con relación a la producción poética en la Nueva España del siglo XVIII; de Sofía M. Carrizo Rueda acerca de la influencia de los clásicos, la Biblia y el petrarquismo en la poesía argentina; de Silvia Tieffemberg sobre “Épica e inmigración”, las reescrituras del pasado colonial; de Mónica E. Scarano acerca de las “Memorias del origen”, es decir la “reescritura ficcional como traducción cultural”, a partir de Colón y hasta nuestros días, en la narrativa hispanoamericana que tiene como tema el descubrimiento colombino.

Una serie ulterior de ensayos llama la atención del lector en este imponente volumen, y son los que representan una ampliación de nuestro saber acerca del tema conventual femenino. Normalmente, los hispanoamericanistas centran su atención en Sor Juana Inés de la Cruz, y, aunque menos, la Madre Castillo. Ahora, Margarita Peña nos revela la personalidad atormentada de Sor Agustina de San Diego, amiga y admiradora de Sor Juana, y por ello reprimida y perseguida por las autoridades religiosas masculinas, determinando en ella absurdos arrepentimientos, penitencias y devaneos visionales. En otro ensayo, Victoria Cohen Imach examina las relaciones epistolares entre monjas y sus familias, las de Santa Teresa con su

hermano, y, entre 1803 y 1806, de la monja Theresa Antonia de Jesús con el suyo, cartas ricas en consejos espirituales, pero también en cuanto a todo lo que atañe a la familia. Otro estudio de interés es el de Rosanna Caramella de Gamarra, dedicado también a la escritura de monjas hispanoamericanas en el periodo colonial, que abre perspectivas realmente nuevas sobre el argumento. Finalmente, María C. Albin y Raúl Marrero-Fente dedican un interesante ensayo a la visión de la mujer en la poesía de José María Heredia, examen centrado en “El mérito de las mujeres”, a quienes el poeta cubano asigna únicamente el papel de inspiradoras.

Hay que leer atentamente este libro editado por el profesor Marrero-Fente para constatar cuánto hay todavía que profundizar en el estudio de la literatura hispanoamericana de la Colonia, a través de métodos y con perspectivas nuevas desde una multiplicidad de puntos de vista, que confluyen en dar razón de un panorama cultural donde la creación literaria es un aspecto relevante, pero no el único en la historia de una sociedad.

El volumen que editaron Karl Kohut y Sonia V. Rose, dedicado a la formación de la cultura virreinal y centrado en el siglo XVIII, es el cuarto de una serie de volúmenes en los que se concretiza un amplio proyecto que investiga la formación de la cultura iberoamericana entre los siglos XVI y XVIII. Las colectáneas anteriores están dedicadas, el primero, a *Pensamiento europeo y cultura colonial* (1997), el segundo y el tercero, a *La etapa inicial* (2000) y *El siglo XVII* (2004). Los cuatro tomos, incluyendo el del que me estoy ocupando ahora, recogen las ponencias presentadas con ocasión de los varios coloquios organizados por los mencionados profesores a lo largo de los años en la prestigiosa Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt.

Componen el cuarto volumen, amén de la “Introducción” de los editores, veintitrés ensayos, repartidos útilmente en seis secciones. En la primera son reunidos los “Planteamientos generales”: Horst Pietschmann estudia las reformas del siglo XVIII en el mundo ibérico, Edberto Óscar Acevedo las fuerzas políticas y las opciones político-culturales. Daniel Janik reflexiona sobre la interrelación entre Ilustración y Neoclasicismo, y Karl Kohut dedica su atención a la figura señera de Clavijero y las disputas sobre el Nuevo Mundo en Europa y América. En la segunda sección el argumento son las ciencias naturales durante la Ilustración y las expediciones científicas: Antonio González Bueno dedica su estudio a la botánica de la Ilustración; Jean-Pierre Clément, a las expediciones botánicas al Perú entre 1777 y 1788; Miguel Ángel Puig-Samper y Sandra Rebok estudian a Humboldt, las expediciones científicas españolas y la formación de las élites. “Ilustración y reformismo: las elites criollas” es el argumento de la tercera sección: Émile Dairon se dedica a las exequias de Luis I en Santa Fe de Bogotá, Carlos M. Gálvez-Peña a la relación entre prédica jesuita y Corona en el Perú, Peer Schmidt a la Contra-Ilustración y la crítica al reformismo borbónico en la Nueva España, Hans-Joachim König a la rebelión de los comuneros en Nueva Granada en 1780-1781.

De “La consolidación de las culturas regionales” trata la cuarta sección, que reúne ensayos de: Elke Ruhnau acerca del papel legal de los *Códices Techialoyan* del México central, obra de los indígenas en defensa de sus derechos; Catherine Poupey Hart acerca del papel de las publicaciones del periodo, desde el *Mercurio Peruano* hasta la *Gazeta de Guatemala*; María Soledad Barbón acerca de raza, vestimenta y orden colonial en el discurso de las castas peruanas a finales del siglo

XVIII; y, finalmente, de Dietrich Briese-meister, quien trata de la *Historia da America Portuguesa*, de Sebastião da Rocha Pita, editada en 1730.

La quinta sección va dedicada a la “Transmisión y perpetuación de ideas y modelos”. Presenta ensayos de: Carlos Alberto González Sánchez, acerca del tráfico transatlántico de libros hacia las Indias; María Cristina Torales Pacheco que estudia el papel clave de los comerciantes en la Ilustración novohispana; Fernando Jumar que ilustra las relaciones tirantes de partidarios del Antiguo Régimen con el poder central en el Río de la Plata; Alfredo Eduardo Fraschini que se dedica a la producción literaria de la Argentina y la vigencia en ella de la cultura clásica.

En fin, la sexta sección va dedicada a la “República de las letras y los proyectos políticos”: Sonia V. Rose trata del *Telémaco* españolizado de Bermúdez de la Torre, José Antonio Mazzotti de la “Aprobación” del mismo Bermúdez a la *Lima fundada*, ilustrando un “microcosmos limense”; João Adolfo Hansen estudia la Ilustración católica, “pastoral árcade & civilização”, Ivan Teixeira *O Uruguay*, poema de José Basílio da Gama, expresión del Despotismo Ilustrado y la política cultural del marqués de Pombal, y Renán Silva dedica su estudio a los Ilustrados de la Nueva Granada en cuanto intelectuales “modernos”.

Son todos aspectos que los distintos ponentes han profundizado, según su propia orientación y metodología, contribuyendo decididamente a que el siglo XVIII iberoamericano muestre una dimensión que supera la visión corriente, centrada, por mérito sobre todo de Antonello Gerbi, en la famosa “disputa del nuevo mundo”, el papel de los jesuitas expulsos y refugiados en Italia, en la periferia norte del “Estado de la Iglesia”, los viajeros y las

expediciones científicas, la difusión de ideas que fomentaron los movimientos de independencia, pero en general superficialmente. Pero no todo sucede igual en la América hispana y en el Brasil, se entiende, y lo demuestra también en este volumen la escasa presencia de ensayos dedicados al área brasileña. Por otra parte la situación era distinta ya en los primeros tiempos del contacto de españoles y portugueses con el mundo americano, y desde el punto de vista de la preocupación cultural las distancias fueron enormes. Sorprende en el Brasil de la Colonia, por ejemplo, la carencia de instituciones que se dedicaran a la aculturación de la población, frente al empeño de las órdenes religiosas en el área hispanoamericana, que si bien con finalidades evangelizadoras se abrieron hacia las poblaciones indígenas, interesados también en la fundación temprana de universidades. Un humus socio-cultural distinto reinaba en los dos ámbitos, no sólo debido a las realidades ibéricas distintas, sino también debido a las sociedades y las culturas que encontraron españoles y portugueses en los territorios de su expansión. Por estos motivos la emancipación hispanoamericana fue más temprana que la del Brasil, tanto más que en esta última colonia se refugiaba la monarquía frente a las tropas de Napoleón y daría vida nada menos que a un imperio.

Creo que hay que agradecerles a los editores de este fundamental volumen su honroso empeño, que ofrece a los estudiosos de los problemas históricos y socio-culturales de la América ibérica tantos y sugestivos temas, por los que se transforma radicalmente la visión que hasta ahora se tenía del siglo XVIII iberoamericano.

Giuseppe Bellini

Adela Pineda Franco: *Geopolíticas de la cultura finisecular en Buenos Aires, París y México: las revistas literarias y el modernismo*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh/Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Serie Nuevo Siglo) 2006. 163 páginas.

El breve estudio de Adela Pineda Franco se propone ubicar en su contexto histórico-cultural cuatro revistas relacionadas con el afianzamiento, la difusión y ulteriormente historización del Modernismo hispanoamericano: *La Revista de América*, de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre (Buenos Aires, 1894), el *Mercur de France, série moderne*, fundada por Alfred Valette y su mujer Marguerite, la escritora Rachilde (París, 1890-1965), la *Revista Azul*, de Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufóo (México, 1894-1896), y la *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, de Jesús E. Valenzuela (México, 1898-1903), que bajo la dirección de éste y de Amado Nervo continuó su trayectoria como *Revista Moderna. Magazine mensual. Político, científico, literario y de actualidades* (México, 1903-1911). La inclusión del *Mercur de France*, la revista literaria más prestigiosa del fin de siglo francés, en el corpus de las revistas relacionadas con el Modernismo hispanoamericano se justifica por la creación en sus páginas de una sección “Lettres Latino-Américaines”, dirigida primero por el venezolano Pedro Emilio Coll (1897-1898), y después, bajo la rúbrica de “Lettres Hispano-Américaines”, por el argentino Eugenio Díaz Romero (1903-1908) y el chileno Francisco Contreras (1911-1993).¹ Al contrario de lo que da a enten-

der Pineda Franco, sin embargo, esta creación significó para las letras hispanas en general y el Modernismo hispanoamericano en particular una especie de reconocimiento internacional que difícilmente se hubiera alcanzado, como lo demuestra la irradiación casi nula de la efímera *Revista de América* de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre, a través de los medios de comunicación existentes en aquel entonces (e incluso hasta hoy) en Hispanoamérica.

Pineda Franco examina las revistas de su corpus no solamente con respecto a los rasgos que la vinculan con las características del Modernismo, sino que las analiza en la totalidad de sus contenidos desde los contextos literarios, socioeconómicos y culturales que los enmarcan. Los resultados de su análisis no son enteramente nuevos, pero permiten ver, por ejemplo, que en el caso de la *Revista de América* el afán de sus fundadores por hacer participar la cultura hispanoamericana en la modernidad artística contemporánea mediante una orientación hacia las tendencias más nuevas de la cultura europea (percibidas a través del prisma de la cultura francesa) no permitió articularla con los demás discursos de la modernidad en la capital argentina. En cambio, esta articulación se logró en el caso de la *Revista Azul* y la *Revista Moderna* de México, a precio, sin embargo, de una instrumentalización de las revistas en el marco de las estrategias modernizadoras del régimen porfirista.

para esta revista” (p. 12). Pero Contreras no sólo “dejó de escribir” para el *Mercur de France*, sino que fue impedido de seguir en el oficio de cronista hispanoamericano por su muerte acaecida precisamente en 1933. En aquel momento, el Modernismo hispanoamericano desde hacía tiempo ya había dejado de ser un movimiento literario dinámico y renovador.

¹ Pineda Franco observa que “fue en 1933 que (sic) Francisco Contreras, el último de los cronistas latinoamericanos estudiados” en relación al *Mercur de France*, “dejó de escribir

Para el papel que las revistas jugaron en el despliegue del Modernismo hispanoamericano importa tener en cuenta, lo que no se hace con la debida claridad en el estudio de Pineda Franco, que el llamado cosmopolitismo y artepurismo del Modernismo no operan en el mismo plano conceptual. El cosmopolitismo era una característica consecuente de las diferentes modernizaciones librecambistas que tanto se podían observar en el Imperio otomano o el Japón como en Hispanoamérica. El artepurismo (noción poco feliz), en cambio, fue el resultado de la desvinculación del discurso artístico-literario de los demás discursos culturales y políticos europeos a partir del Romanticismo.

Klaus Meyer-Minnemann

Amy Nauss Millay: *Voices from the fuente viva. The Effect of Orality in Twentieth-Century Spanish American Narrative.* Lewisburg/Cranbury: Bucknell University Press/Associated University Press (The Bucknell Series in Latin American Literature and Theory) 2005. 222 páginas.

Literatura y antropología han estado entreveradas en producciones textuales de Hispanoamérica desde tiempos coloniales. La empresa colonial y su documentación e inscripción están marcadas integralmente por el deseo de dar cuenta de la realidad de culturas “otras”; y el afán, por parte de la cultura occidental colonizadora, de entender, traducir y transcribir al Otro, de transferirlo al sistema semiótico propio, se revela siendo una práctica esencialmente hegemónica. Desde principios del siglo XX, sin embargo, los textos de importantes etnógrafos y escritores –analizados por Amy Nauss Millay en su rela-

ción con el “efecto de oralidad” en la narrativa hispanoamericana– suscriben a la empresa de salvar justamente la diversidad cultural amenazada por la “global Westernization” (p. 163), es decir, se proponen de revitalizar las “nonhegemonic cultures” (p. 73) que describen, tratando de recuperar el legado cultural no europeo en las culturas americanas, marginado durante tanto tiempo. Una dicotomía principal que había informado la construcción de la diferencia entre cultura colonizadora europea y culturas colonizadas (autóctonas o desarraigadas) ha sido la distinción entre cultura letrada y culturas orales. En el momento en que la escritura antropológica suscribe al proyecto anti o poscolonial se cuestiona no solamente la supuesta superioridad de la cultura “letrada”, sino que la distinción misma entre culturas orales y letradas deviene sumamente problemática. Sin embargo, esa comprensión no se debe, en la mayoría de los textos leídos por Millay, al hecho de que la realidad cultural retratada fuera producto de complejas hibridaciones las cuales no permiten separar elementos culturales según su “origen”, ni tampoco a la negativa de pensar las culturas como claramente divididas en culturas “víctimas” y culturas “opresivas”; el dilema principal al que se enfrentaron en su momento los textos literario-antropológicos analizados aquí, es la forma inadecuada de la escritura frente a la palabra hablada.

Los *Cuentos negros de Cuba y El Monte* de Lydia Cabrera, *Los ríos profundos* de José María Arguedas y los testimonios famosos de Miguel Barnet/Esteban Montejo y Elisabeth Burgos-Debray/Rigoberta Menchú son textos que, según Millay, revelan ese afán de representar las culturas orales de una manera que no violara la oralidad en el momento de la escritura, reescribiendo el “great divide between literacy and orality” (p. 151) y resaltan-

do su propia función como mediadores entre dos culturas distintas. Es decir, producen la paradoja la que luego dramatizan, “whether one can truly write about the Other without doing irreparable damage to the Other’s culture” (p. 119). En el capítulo que trata de Arguedas, Millay interpreta la muerte suicida del autor como resultado de una trágica nostalgia por un mundo de voces, que la antropología y la escritura producen al mismo tiempo que amenazan de aniquilarlo. Guardar una memoria oral a través de la escritura tiene que resultar en un proyecto paradójico siempre cuando la oralidad y la escritura se conciben como ontológicamente opuestas. Y según Millay, en última instancia tanto Arguedas y Cabrera como los *ghostwriters* Barnet y Burgos “were concerned with creating within and for Western written culture, rather than for the cultures whose traditions they defended” (p. 73).

Pero Millay va más lejos, analizando la “oralidad” de los autores-transcriptores a base de supuestos epistemológicos a los que se vio enfrentada la misma escritura antropológica. Desde la crítica de Derrida al logocentrismo del pensamiento occidental, el debate de los años ochenta sobre *writing culture* y las consideraciones de James Clifford acerca de la alegoría etnográfica, los estudios antropológicos se ven sospechados de pertenecer integralmente al dispositivo logocentrista occidental a medida que privilegian la “originalidad” de lo oral frente al carácter supuestamente corrupto e impuro de la escritura. Inscribiéndose en ese proyecto de salvar las culturas orales de su aniquilamiento por medio de la cultura letrada, los textos que analiza Millay “inscribe the mythical world of a vanishing Other”, y de esta manera “satisfy Western expectations of authenticity and pureness” (p. 167); es decir, afirman las coordenadas hegemónicas

de las que pretenden rescatar la memoria del “Otro”.

Con respecto a esta polémica, Millay adopta una posición *in-between*, rechazando teóricamente, para el carácter de “lo oral”, cualquier esencialismo, pero concediéndole cierto valor estratégico. Partiendo del concepto de “*effet du réel*” de Roland Barthes, desarrolla la noción del “efecto de oralidad” como estrategia retórica que permite ver en la dicotomía problemática entre las dos supuestas modalidades culturales un posicionamiento textual dentro de diversas prácticas semióticas no ontológicamente opuestas, y de esa manera Millay puede concebir esa estrategia como creadora de un conflicto productivo que permite desarrollar “valuable examples of an innovative form of literary expression” (p. 167). En Lydia Cabrera, por ejemplo, Millay destaca la propuesta de fusión antropología y poesía con la que Cabrera habría sincronizado observación científica y creación artística, y enfatiza cómo Cabrera, al dedicarse al trabajo de campo, se habría distinguido del surrealismo etnográfico parisino de la época. Y siendo estratégico, el “efecto de oralidad” puede valorarse como capacidad poética de reinventar el pasado para darle cabida en un presente de aspiraciones sociopolíticas occidentales.

El autor que según Millay comprendió, de manera más obvia y productiva, las posibilidades retóricas que depara la inscripción de la tradición oral, sería Augusto Roa Bastos, escenificando el conflicto mismo que implica el defender desde la escritura la cultura oral de su contaminación por la escritura. Así, Roa Bastos logró inscribir en sus textos una oralidad ficcionalizada autorreflexiva, que transformó las normas literarias occidentales y que le permitió “to make legitimate claims as a cross-cultural mediator” (p. 182). Mientras que los textos, por ejem-

plo, de Barnet no estarían, según Millay, a la altura de su propia ironía representacional, Roa Bastos estaría al tanto del debate filosófico acerca del fonologocentrismo y lograría integrarlo combinando una idea de *poiesis* con la antropología. “In his novels the voice of the Other emerges from an artistic process whereby orality becomes part of the fiction. [...] Whereas Cabrera, Arguedas, and Barnet were naively caught in the orality-versus-literacy debate, Roa Bastos consciously attempted to stage the predicament in his narrative” (pp. 181 s.).

La noción de “efecto de oralidad” de Amy Nauss Millay tiene la gran ventaja de de-esencializar el proyecto antropológico-literario sin desposeer esta vertiente importante de la narrativa hispanoamericana de sus méritos poetológicos y políticos. Su “oralismo estratégico” permite a la autora de dar cuenta de las múltiples y distintas figuraciones fructíferas entre literatura e antropología. Sin embargo, la posición “mediadora” del concepto lleva a una cierta indecisión teórica, que a veces resulta en imprecisiones en cuanto al registro terminológico de los análisis. Como resultado, releer los textos a través de una “reanimación” estratégica no resuelve la dicotomía inherente tanto al discurso antropológico como a su reconfiguración en la narrativa hispanoamericana.

Isabel Exner

Diana von Römer/Friedhelm Schmidt-Welle (orgs.): *Lateinamerikanische Literatur im deutschsprachigen Raum*. Frankfurt/M.: Vervuert (Bibliotheca Ibero-Americana, 112) 2007. 194 páginas.

Este volumen, resultado de un coloquio organizado por el Instituto Ibero-

Americano de Berlín, reúne aportaciones de la investigación fructífera acerca de la recepción de la literatura latinoamericana en el área germanohablante durante el siglo XX. Participan en ello varios especialistas alemanes, además de representantes de diferentes instancias del mercado cultural.

Si por un lado se puede hablar de una ‘normalización’ en las relaciones literarias hacia América Latina, parecen pervivir por el otro los mismos clichés y estereotipos que determinaron la recepción de los primeros escritores del *boom*. Gustav Siebenmann, pionero en la temática con su estudio sobre la recepción alemana de la literatura latinoamericana (*Die neuere Literatur Lateinamerikas und ihre Rezeption im deutschen Sprachraum*, 1972), constata un descenso en la atención y el entusiasmo del público a y por Latinoamérica, tanto en lo político como en lo literario. Su tesis provocadora de la “pérdida de imagen” (p. 17) de Latinoamérica —que desconoce el reciente impulso de la izquierda latinoamericana— no excluye la literatura. Por cierto, la agente literaria Michi Strausfeld confirma esta afirmación cuando ve la literatura latinoamericana en un “ojo negro” (p. 170) de recepción. Claudia Wiese-Köhler comprueba la recepción tardía y reductora del *boom* en Alemania, unos 15 o 20 años después de su eclosión en el mundo literario internacional. Jens Kirsten explora cómo la práctica editorial bajo un sistema autoritario —de la República Democrática Alemana— conllevó una recepción poco dogmática y más estética de lo latinoamericano, dejando un balance de alta calidad e indudablemente enriquecedor de la introducción de escritores latinoamericanos en el ámbito de habla alemana. Aparte de la censura interna y anticipada ejercida contra escritores ‘sospechosos’ como Cabrera Infante o Piñera, para otros autores, publicados

mediante el empeño de lectores y editores, al régimen sólo le quedó la estrategia de ordenar el ninguneo posterior de la prensa. Vera E. Gerling, por su parte, analiza la presencia latinoamericana en antologías, donde sigue predominando una lectura de la literatura como hecho social o como marca comercial. Para Gerling, se impone así un discurso predeterminado, a veces interesado, que no corresponde a la diversidad y peculiaridad de los textos. Anne Sperschneider discute con perspectiva crítica la función mercantil de los peritextos editoriales, que en muchos casos más bien ‘desinforman’ acerca de la verdadera índole de los textos. Michael Rössner destaca cómo el realismo mágico sigue siendo “ex negativo” (p. 128) el punto de referencia para la recepción alemana. El autor acierta en observar que escritores como Bolaño o Volpi se empiezan a publicar a ritmos distintos en los EE.UU. y en Alemania; tales diferencias resultarían menos “extrañas” (p. 126) si se tuviese en cuenta, por ejemplo, el papel de las editoriales españolas y sus estrategias transnacionales.

Con razón, varios artículos critican el discurso de promoción que, desgraciadamente, no deja de ser dominado por clichés exotistas e injustificadamente homogeneizantes. Mientras que editores y reseñadores se convierten en blancos de crítica, quedan fuera del debate los propios autores como actores en la difusión de sus textos y creación de una imagen. También sería interesante preguntarse por qué tales clichés se han mantenido hasta hoy y en qué medida las propias instituciones educativas –universidades, escuelas– influyen en la percepción pública de lo latinoamericano.

Es meritorio que el tomo incluya contribuciones de otras instancias de mediación literaria. Mientras que la traductora Susanne Lange reivindica el papel de los traductores para la lectura “desautomati-

zada” (p. 137), es decir, libre de estereotipos y adscripciones ‘nacionales’, de un escritor, la agente literaria Ray-Güde Martin, a cuya memoria viene dedicado el volumen, subraya la creciente importancia de las agencias como “agencias de viajes para libros” (p. 153) –lo que no impide que autores de lengua portuguesa y brasileña se ven todavía poco representados en Europa–. Michi Strausfeld repasa la historia de treinta años de programación latinoamericana en las editoriales Suhrkamp e Insel, para resumir que la ‘normalización’ conlleva una elevada competición por la atención editorial, sobre todo porque los mismos editores no distinguen entre literatura hispanoamericana y española. Con Thomas Wörtche, director de la colección “metro” del Unionsverlag, está presente la edición suiza, tan importante y meritoria en la introducción de escritores latinoamericanos. A pesar del criterio estético, el éxito de “metro” –que incluye a siete autores del subcontinente– confirma que la recepción de una novela latinoamericana aumenta cuando se deja inscribir en un género popular como la novela negra. Barbara Richter, finalmente, considera otra faceta de recepción –la física– en su sentido literal: la acogida de escritores por el “Berliner Künstlerprogramm” del DAAD, que en sus comienzos tuvo un marcado carácter solidario para con escritores perseguidos. Nos recuerda que el mecenazgo cultural del Estado puede constituir un pilar importantísimo en el apoyo de los escritores.

Se dispone, en suma, de un compendio básico de la difusión y recepción de la literatura latinoamericana en el área de lengua alemana. Un campo de investigación lejos de estar agotado, como lo demuestran también los artículos sobre la recepción del *boom* y *postboom* reunidos por José Manuel López de Abiada y José Morales Saravia (*Boom y Postboom desde el nuevo*

siglo: *impacto y recepción*, 2005) o el reciente trabajo de Birgitt Bertram sobre la recepción de Isabel Allende en Alemania (*Schreiben als "arma poderosa"? Zur Dialektik von Werk- und Rezeptionsstruktur bei "La casa de los espíritus" und "De amor y de sombra" von Isabel Allende*, 2007). Esperemos que los escritores latinoamericanos sigan suscitando el interés tanto de promotores como de investigadores en Alemania, Austria y Suiza.

Burkhard Pohl

Kathryn Quinn-Sánchez: *A Literary and Political History of Post-Revolutionary Mexico. Redefining "The Ideal"*. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press 2006. VII, 198 páginas.

Partiendo del título, desde luego impropio, de esta monografía hay que aclarar, por de pronto, lo que promete pero no cumple: no es una historia ni literaria ni política del México posrevolucionario, pero sí un valioso estudio de una serie de textos —novelas, ensayos y obras de teatro— con la necesaria contextualización, textos que según el enfoque de la autora revelan cómo el concepto de nación y del ciudadano “ideal” ha sido “negociado” desde finales del siglo XIX hasta los años 1950. La argumentación de la autora arranca del tópico consabido del texto “fundacional”, tópico del que se sirve de manera abusiva, declarando que todos los textos analizados representarían “a continuum of foundational works that began with the original allegorical romance and continues through the present” (p. 90). Del mismo modo recurre constantemente a lo que evoca, sin mayores precisiones, como “the State’s definition of what Mexico signifies” u

“official history created and supported by the State” (p. 7), para resumir “[that] the works analyzed in this study legitimate, reject, contest or subvert the State’s ideology depending on the historical moment and the author’s view” (p. 165).

El valor del estudio no reside precisamente en su conceptualización o marco teórico, sino en los análisis textuales donde la autora procede a un *close reading* centrado, para las obras ficcionales, en los personajes y los conflictos tanto individuales como colectivos. La selección de las obras tomadas en cuenta es algo heterogénea, pero procedente: *El Zarco* (1901) de Ignacio Manuel Altamirano y *Santa* (1903) de Federico Gamboa para ilustrar el concepto de “‘Ideal’ Citizens in Early Twentieth Century” (cap. 1); *El Indio* (1935) de Gregorio López y Fuentes y *Balún-Canán* (1957) de Rosario Castellanos en el contexto del *indigenismo*, que se desarrolla, amén de eso, a través de la obra de Manuel Gamio (cap. 2; “Reshaping the Nation: Imagining and Implementing *Indigenismo* in Post-Revolutionary Mexico”); el ensayo *Perfil del hombre y la cultura en México* (1934) de Samuel Ramos así como las obras de teatro *El Gesticulador* (1937) de Rodolfo Usigli e *Invitación a la muerte* (1940) de Xavier Villaurrutia, obras que son interrogadas por su valor en cuanto expresión o refutación de una identidad personal “auténtica” (cap. 3; “Challenging the Ideal National Subject: Psychological Portraits of the Post-Revolutionary Mexican”); y, finalmente, *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz y *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes en cuanto aserciones de lo que la autora invoca como “Philosophical Nationalism” (cap. 4). El último capítulo (“Plural Foundations”) depara algunas reflexiones acerca del concepto mismo de identidad(es), reflexiones pertinentes que hubieran sido

mejor invertidas en la Introducción, para luego evitar malentendidos cuando la autora habla de identidades “auténticas”; pues, como ella bien subraya: “In searching for their own identities, Mexican authors have revealed that their culture is not simply an essence or an origin; rather it is an amalgamation of history, memories, imaginative re-creations, and language(s)” (p. 171).

Frauke Gewecke

Juan Francisco Manzano: *Autobiografía del esclavo poeta y otros escritos*. Edición, introducción y notas de William Luis. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (El fuego nuevo. Textos recobrados, 3) 2007. 351 páginas.

Juan Francisco Manzano (1797-1853, La Habana) se ha ganado su puesto en la literatura universal por su *Autobiografía*, terminada en 1839. Es el primer testimonio de un esclavo en territorio hispanohablante. Más tarde, en 1845 salió en los Estados Unidos la biografía del esclavo Frederick Douglass (1817-1895), narrada por él mismo.

Por medio de la traducción inglesa de la parte primera de la *Autobiografía* (traductor Richard R. Madden, Londres 1840) y por medio de la traducción francesa (Victor Schoelcher, París 1840), este documento conmovedor causó sensación en la discusión abolicionista tanto en América Latina como en Europa. Aunque se perdió la segunda parte anunciada del texto, este libro constituye un testimonio de valor cultural incalculable. Después del triunfo de la Revolución cubana, esta temática ganó importancia primordial en la literatura y en el cine por su relación con la búsqueda de la identidad nacional,

por ejemplo en *Biografía de un cimarrón* (1966), de Miguel Barnet.

Existen dos versiones de la *Autobiografía* de Manzano: el manuscrito original, que el autor redactó con frecuentes errores ortográficos, y la versión corregida por Anselmo Suárez y Romero. La edición de William Luis tiene como base el manuscrito inédito, copiado de la versión de Suárez y Romero por Nicolás Azcárate. Este cuaderno está compuesto por el manuscrito de la *Autobiografía*, siete cartas escritas a Domingo del Monte, veinte poemas y la tragedia *Zafira*.

William Luis, especialista en literatura abolicionista, ha introducido algunos cambios gráficos, pero reduciendo su intervención al mínimo. En esta edición crítica con introducción y notas, el editor coteja el manuscrito autógrafo que se conserva en la Biblioteca Nacional José Martí en La Habana y que José Luciano Franco dio a conocer en 1937, el cuaderno de Azcárate (1852) conservado en la Sterling Library de la Universidad de Yale, las ediciones de la traducción al inglés por Madden, la edición modernizada por Ivan Schulman (1975) y la edición más reciente de Abdeslam Azougarh (2000) basada en el manuscrito de la Biblioteca Nacional habanera. La cuidadosa reconstrucción del manuscrito de Manzano servirá a los estudiosos de la obra manzaniana en su consulta del proceso de creación literaria y por la riqueza de variantes.

Martin Franzbach

José Jesús Osorio: *José Asunción Silva y la ciudad letrada*. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press 2006. IX, 224 páginas.

Con motivo de la conmemoración en 1996 del centenario de la muerte de José

Asunción Silva (1865-1896) salió a la luz una impresionante cantidad de publicaciones sobre la vida y obra del escritor bogotano, la que en sus aportaciones más serias fue examinada en un nutrido artículo reseña en esta revista (primera serie) por María Dolores Jaramillo¹. No obstante, aun después de la efeméride no han escaseado trabajos en torno a Silva, entre ellos, digna de mención especial, la larga introducción con que Remedios Mataix acompaña su edición comentada de una selección de poemas de José Asunción Silva y el texto íntegro de la novela *De sobremesa*, la primera novela *fin de siècle* hispanoamericana².

Entre las publicaciones recientes sobre Silva cuenta también el libro de José Jesús Osorio, cuyo título remite vagamente a un conocido ensayo de Ángel Rama³. Consta de una introducción y cuatro capítulos, seguidos por una conclusión, una bibliografía y un índice de nombres propios. Su objetivo consiste en situar a Silva en el contexto político y cultural colombiano de su tiempo. Para ello, Osorio se apoya en gran medida en los artículos rescatados de diversos periódicos y revistas colombianos de la época y atribuidos a Silva por Enrique Santos Molano, el más leído entre los biógrafos del escritor bogotano⁴.

En el primer capítulo (pp. 7-45) de su libro, Osorio remodela la infancia de Silva a través de testimonios personales y construcciones biográficas anteriores. El segundo capítulo (pp. 47-116), el más interesante, a mi modo de ver, confronta la poética de Silva con las concepciones literarias coetáneas de José María Rivas Groot a través del estudio preliminar y el prólogo que este último antepuso a las antologías *Parnaso colombiano* (1887) y *La lira nueva* (1886), respectivamente, las primeras en publicar algunas poesías de Silva. Resulta (lo que no era un hecho desconocido) que las concepciones de Rivas Groot fueron política y culturalmente mucho más conformes con el tipo de modernidad preconizado por el régimen regeneracionista colombiano de la época que las ostentadas por Silva. El tercer capítulo del libro de Osorio (pp. 117-155) está dedicado a las relaciones ambiguas que Silva estableció con los letrados colombianos de su tiempo, en especial con Rafael Núñez, mientras que el cuarto capítulo (pp. 157-201) contempla la mirada que Silva ha echado a la ciudad de Bogotá, una mirada susceptible de poner de relieve las preocupaciones sociales del autor bogotano.

El libro de Osorio, plagado de redundancias y repeticiones, no aporta nada realmente nuevo a la imagen que la crítica reciente ha podido presentar de la vida y obra de Silva, a pesar del prólogo elogioso (en versión inglesa y española, pp. I-VIII) de Óscar Montero que lo precede. Extraña además que aproximadamente dos tercios de la abundante bibliografía no salgan referidos en el texto.

Klaus Meyer-Minnemann

¹ Ver María Dolores Jaramillo: "José Asunción Silva y la crítica: 1987-1998". En: *Iberoamericana* (primera serie), 23/2 (74), 1999, pp. 39-62.

² José Asunción Silva: *Poesía. De sobremesa*. Edición de Remedios Mataix. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas, 594) 2006, pp. 11-172.

³ Ángel Rama: *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte 1984.

⁴ Ver José Asunción Silva: *Páginas nuevas. Textos atribuidos a José Asunción Silva*. Prólogo y compilación de Enrique Santos Molano. Santa Fé de Bogotá: Planeta Colombiana 1998. La biografía pormenorizada de Silva por Enrique Santos Molano –*El corazón del poeta*. Bogotá: Nuevo Rumbo 1992– es ahora de fácil consul-

ta (en su tercera edición corregida, Santafé de Bogotá: Presidencia de la República 1997) en: <<http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/orazon/indicecorazon.htm>>.

Isabelle Tauzin (ed.): *Manuel González Prada: escritor de dos mundos. Actas del coloquio internacional ERSAL-AMERICANA 3656*. Lima/Bordeaux: Instituto Francés de Estudios Andinos/Embajada de Francia en el Perú/Biblioteca Nacional del Perú/Presses Universitaires de Bordeaux (IFEA; Actes & Mémoires, 8) 2006. 309 páginas.

La presente colectánea de casi veinte artículos se publicó a raíz del primer congreso internacional en homenaje a quien representara, según el juicio de José Carlos Mariátegui, “el primer instante lúcido [...] de la conciencia del Perú”¹: Manuel González Prada (1844-1918), poeta y ensayista, según el mismo Mariátegui, “un escritor de espíritu occidental y de cultura europea” que por ello no fue menos peruano, ya que su obra “[e]s la liberación de la metrópoli. Es, finalmente, la ruptura con el Virreinato”². El vínculo intelectual y vivencial con Europa, particularmente con Francia, fue motivo para celebrar el congreso, en enero de 2005 y bajo los auspicios de la Universidad Michel de Montaigne Bordeaux 3, en Burdeos, donde González Prada pasó una temporada durante su larga estancia en Europa (1891-1898). Es por ello que en la primera sección del volumen (“El viaje a Francia”) se hallan dos contribuciones en las cuales se informa acerca del panorama contemporáneo: una dedicada a la situación económica, social, política y cultural de Burdeos durante aquellos años (Pierre Guillaume), la otra indagando en las memorias de Adriana de González Prada (*Mi Manuel*, 1947), la esposa francesa del peruano, que

siendo un testigo heterobiógrafo, procuró un testimonio ameno del periplo francés del matrimonio (Béatrice Chenot).

La segunda sección (“El ideario pradiano”) es la más extensa, enfocando los tópicos más diversos tal como se infieren principalmente de los artículos, ensayos y discursos reunidos por González Prada en *Páginas libres* (publicado en París, en 1894) y *Horas de lucha* (publicado en Lima, en 1908): la influencia del positivismo comtiano (Pierre-Luc Abramson); el anticlericalismo a través de sus fuentes, principalmente francesas y alemanas, “como expresión de una modernidad progresista, que Prada contrapone a la cultura ibérica” (Joël Delhom, p. 67); la construcción imaginaria de la nación peruana que, incluyendo al indígena, excluye al negro, inscribiéndose la argumentación pradiana en lo que el autor del ensayo llama “el horizonte racialista de la época” (Marcel Velázquez Castro, p. 115); el anticolonialismo que en González Prada lleva a la “solución francófila” en cuanto “esencia de su ser” (Thomas Ward, p. 118); y, entre varios temas recurrentes, el nacionalismo pradiano que a raíz de la derrota peruana en la guerra contra Chile desemboca en un revanchismo “de violencia cruda y desmascarada” (Walter Bruno Berg, p. 202).

Los trabajos mencionados ofrecen una información pertinente, con una argumentación metódica y consecuente, lo que sin embargo no se puede afirmar de algunos otros, los cuales se proponen tanto en su extensión, siendo una excesiva ampliación ulterior de la conferencia, como en lo que toca los temas tratados, ofreciendo una amalgama de tópicos heterogéneos, cuyo tratamiento no convence ni en su conjunto ni en sus detalles. Así, Gonzalo Portocarrero (“González Prada: la (im)posibilidad de un positivismo criollo”), si bien afirma que González Prada “representa una ruptura en la tradición criolla”

¹ 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana. Lima: Biblioteca Amauta ²⁰ 1972, p. 255.

² *Op. cit.*, p. 254 s.

(p. 136), se explaya a través de infinitas citas pradianas para comprobar lo contrario, equiparando la “vieja tradición criolla” al “temple sarcástico” del autor, siendo para éste la sátira “una suerte de principio sin objetivo definido” (p. 131) que “produce en el lector [¿cual?] una escisión que neutraliza mucho de la eficacia comunicativa de González Prada” (p. 133). La argumentación de Portocarrero no convence, tampoco cuando dice: “En efecto, si lo más prominente es la distancia y la crítica a la vieja sociedad, menos visible pero tan importante resulta el apego inconsciente [*sic!*] al mundo criollo” (p. 136). Aún menos convencen los siete “apéndices” que el autor adjunta, miniensayos acerca de los más disparatados tópicos: desde el concepto de autor (con citas de Foucault y Agamben), pasando por Ricardo Palma (a quien sí se acredita “una ruptura con el colonialismo que está ausente en González Prada” [p. 144]), hasta comentarios sobre algunos poemas pradianos, y reflexiones filosóficas que prescinden totalmente de algún nexo con el autor homenajead. Otro ejemplo de un enfoque heterogéneo es la contribución de Ricardo Melgar Bao (“América Latina en el pensamiento de Manuel González Prada”); sin embargo, algunas de las informaciones adicionales, como los datos proporcionados acerca de la temprana recepción de González Prada en el ambiente intelectual latinoamericano, no carecen de interés, sin por ende justificar las cuarenta páginas con las que el autor contribuyó al volumen. Entre esas contribuciones largas de la segunda sección hay una que sobresale, no precisamente por tratar de modo directo la obra pradiana, pero sí por dilucidar el ambiente intelectual e ideológico en el cual se debatió el peruano: Manuel Suárez Cortina (“Laicismo y anticlericalismo en la España de fin de siglo. Manuel González Prada y las ‘dos Españas’”), al

evocar los casi dos años que González Prada pasó en Barcelona y Madrid (1896-1987), contraponen la España monárquica y ultramontana, que el peruano rechazó de modo contundente, a la España republicana y librepensadora, cuyo proyecto (socialista o anarquista) le deparó los referentes “con los que fomentar su propia evolución desde el radicalismo republicano hacia el anarquismo intelectual” (p. 73).

La tercera sección (“El hombre de letras”) se dedica, con aportaciones más bien cortas pero en su mayoría sucintas, a la obra literaria de González Prada: el segundo libro de sus *Baladas*, que siendo el fruto de más de cuarenta años de producción literaria, representan algo así como una síntesis de su obra poética, y que “retoman rigurosamente las dos grandes orientaciones seguidas por las grandes orientaciones seguidas por las grandes de la edad media: la vida sentimental y amorosa, tratada en la tradición del amor cortés por una parte, y la reflexión moralizante por otra” (Karim Benmiloud, p. 219); la correlación entre el poemario *Minúsculas* (1901) y el tratado inconcluso de métrica *Ortometría* (Camilo Fernández Cozmán); la influencia de Paul Verlaine en la poesía pradiana (Ricardo Silva-Santisteban); el humor y la sátira en el verso pradiano, que denota su predilección por Quevedo entre los poetas españoles del Siglo de Oro (Américo Ferrari); el “halo modernista” en algunos cuentos, poco conocidos, de González Prada, publicados en 1945 por Luis Alberto Sánchez en *El Tonel de Diógenes* y en 2001 por Isabelle Tausin en *Textos inéditos de Manuel González Prada* (Ricardo Sumalavia); y algunas observaciones de la editora del presente volumen, Isabelle Tausin, acerca del manuscrito “Notas acerca del idioma”, encontrado por ella. También en esta sección sobresale una contribución, no tanto por lo que nos enseña acerca de la obra del propio González Prada, pero sí por lo que

atañe el clima intelectual peruano del último tercio del siglo XIX. Así, Cecilia Moreno despliega las desavenencias entre Ricardo Palma y González Prada, representantes de dos generaciones diferentes, al seguir los pasos de la cuzqueña Clorinda Matto de Turner, quien al entrar en el círculo de la élite limeña, supo aprovechar la protección de cada uno, “oscilando entre la vieja y la nueva bohemia” (p. 261) para finalmente plegarse a la influencia pradiana y escribir la novela que la hizo famosa: *Aves sin nido* (1889), que denuncia lo que el mismo González Prada había denunciado en su *dictum* más famoso, “la tiranía del juez de paz, del gobernador i del cura, esa trinidad embrutecedora del indio” (“Discurso en el Politeama”, 1888).

Frauke Gewecke

Sabine Schlickers: “Que yo también soy poeta”. La literatura gauchesca rioplatense y brasileña (siglos XIX-XX). Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Veruert (Ediciones de Iberoamericana, A, 28) 2007. 265 páginas.

Monopolizada por los nacionalismos más reaccionarios del sur de Brasil, Uruguay y Argentina y escarnecida o ridiculizada por sus detractores en la izquierda, la literatura gauchesca es esa numerosa serie de textos a los que el lector interesado en la literatura de estos tres países tiene que enfrentarse tarde o temprano: obras de adscripción genérica dudosa, que expresan voces heterogéneas y de una carga ideológica a menudo contradictoria. Cómo abordar una suma de textos producidos a lo largo del convulso periodo histórico que se extiende más o menos entre 1787 y 1920 y abarca poemas épicos, paródicos, novelas, dramas, representaciones circen-

ses y cuentos es la pregunta, y a la vez el desafío, ante los que se enfrenta el crítico. Sabine Schlickers supera este desafío con holgura. Su solución al problema de la enorme cantidad de textos a abordar es analizarlos brevemente, detallando el juego de innovaciones y continuidades que establecen con el resto de los textos de la serie y destacando en particular el recurso a la parodia como motor del cambio literario. El resultado es no sólo una excelente introducción al tema, sino también una obra profundamente innovadora, por cuanto enriquece los estudios de la literatura uruguaya y argentina con la inclusión de las obras gauchescas producidas en el estado brasileño de Rio Grande do Sul, muy poco estudiadas hasta la fecha y prácticamente desconocidas para la crítica hispanohablante que se ha ocupado de la gauchesca.

En ese sentido, “*Que yo también soy poeta*”. La literatura gauchesca rioplatense y brasileña (siglos XIX-XX) tiene por objetivos “destacar las semejanzas y diferencias de la literatura gauchesca dentro de y entre los tres países; revelar las particularidades de los textos singulares que no pueden o no deberían reducirse a sus rasgos típicos genéricos; resaltar la figura del gaucho como modelo de identidad entre los tres países fronterizos y completar así desde una posición externa la investigación de la literatura gauchesca” (p. 15).

Las palabras claves aquí son “posición externa”; la extraterritorialidad de la autora no es sólo trivialmente geográfica sino también de formación. Sabine Schlickers es una de las figuras más destacadas del campo de la narratología o “*Erzähltheorie*” alemana, y esto ya desde la publicación de su notable tesis doctoral¹. Esta

¹ *Verfilmtes Erzählen: narratologisch-komparative Untersuchung zu “El beso de la mujer*

formación narratológica de su autora le otorga a la obra una impronta más formalista que el resto de las dedicadas a la gauchesca: la autora se concentra principalmente en cuestiones de niveles y de perspectiva autorial, pero su acercamiento a estos aspectos poetológicos con la intención de “modelizar los rasgos constantes y variables de la literatura gauchesca” (p. 41) es menos esotérica que el de muchas otras obras de esta escuela; su utilización de términos como “primera persona” es ejemplar en ese sentido, ya que, aunque éste es rechazado por la crítica narratológica por sus connotaciones psicológicas, facilita la comprensión de los análisis por parte de un público más general, objetivo último de la obra.

Su “posición externa” como estudiosa de la gauchesca permite a Schlickers adoptar una perspectiva que define como “transnacional, transcultural y transgenérica” (p. 12) y evitar lugares comunes más o menos estériles en el estudio de esta literatura; así, por ejemplo, la autora se desinteresa por la adscripción genérica de las obras, uno de los quebraderos de cabeza de los críticos que han abordado la gauchesca, para presentar los textos “de un modo cronológico, poetológico y temático, lo que corresponde más al proceso real de su gestación y circulación” (p. 15). El resultado es que todos los nombres importantes de la gauchesca están representados en la obra: Bartolomé Hidalgo, Luis Pérez, Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo, Antonio Dionisio Lussich, Rafael Obligado, José Hernández y otros, pero también escritores desconocidos o poco estudiados, como Elías Regules, Martiniano

Leguizamón, José de Alencar, João Simões Lopes Neto, Eduardo Acevedo Díaz, Javier de Viana, Alcides Maya, Amaro Juvenal, Carlos Reyles, Cyro Martins, Víctor Pérez Petit, Roberto Fabregat Cúneo, Carlos Alberto Leumann, Elbio Bernárdez Jacques, etcétera. Además, contra la opinión de la mayor parte de los críticos que han abordado el tema, que sitúa el final del género gauchesco hacia 1879 con la publicación de la *Vuelta de Martín Fierro* de José Hernández, la autora extiende el periodo hasta el presente, incluyendo obras del argentino Juan Filloy y del chileno Roberto Bolaño con el argumento de que en ellos aparece la figura del gaucho.

Esta incorporación a la serie de la gauchesca de textos cuyas condiciones de producción son radicalmente diferentes que las de los textos canónicos del género y que obligan a extender demasiado la serie en el tiempo, afectan a la cuestión de su unidad architextual o genericidad, en especial porque los textos incorporados –pero también otros que han quedado fuera de la serie, como la novela *Moreira* de César Aira, el relato “El gaucho invisible” de Ricardo Piglia o el largo poema narrativo “Cantos de marineros en las pampas” de Rodolfo Enrique Fogwill– carecen del doble marco narrativo que la autora considera marca formal específica del género. Si bien puede polemizarse sobre el criterio que adopta Schlickers para la incorporación de estas obras, el resultado de esa adopción es prodigiosamente productivo, por cuanto permite abordar reescrituras, parodias y versiones que el resto de los críticos debe omitir por razones de cronología, y tal vez debiera adoptárselo también distinguiendo en la historia de la gauchesca un periodo que podríamos denominar de architextualidad “dura” y que coincidiría con el que críticos como Josefina Ludmer han abordado en sus estudios

araña” (Manuel Puig/Héctor Babenco) und “Crónica de una muerte anunciada” (Gabriel García Márquez/Francisco Rosi). Frankfurt/M.: Vervuert 1997.

y que se corresponde con las obras canónicas de la gauchesca, y otro periodo de architextualidad “laxa” caracterizada por la reapropiación puntual de elementos temáticos de la gauchesca por parte de algunos autores y por la aparición de una conciencia de género por parte de los mismos; la parodia sería, en ese sentido, no sólo el motor del cambio literario sino también una señal de la percepción que algunos autores tienen de la gauchesca como un repositorio de figuras y motivos que pueden ser reutilizados, paródicamente o no, porque forman parte del fondo común de la cultura.

Sin desdeñar los aspectos formales de las obras, es el análisis de los temas de la gauchesca el que ocupa el centro del libro de Schlickers, de acuerdo al principio de que “la forma métrica y el ritmo de la poesía gauchesca son contingentes, mientras que el contenido narrativo es el elemento constitutivo, transgenérico” (p. 42); así, la autora aborda el carácter marginal y en ocasiones criminal del gaucho y enfatiza el racismo, la xenofobia y el machismo que a menudo pueden encontrarse en los personajes de la literatura gauchesca, también la vinculación de ésta con la tradición de la novela picaresca peninsular. Schlickers estudia la aparición del término “gaucho” y su apropiación en la literatura y la historia social de la región, pero también relaciona con acierto la erección del gaucho como símbolo nacional y regional en Argentina, Uruguay y Rio Grande do Sul con su desaparición debido a la inmigración y los cambios en los modelos de explotación agropecuaria en la región pampeana, que tuvieron lugar a partir de la segunda mitad del siglo XIX aproximadamente. En su discusión del establecimiento del mismo como símbolo identitario y de la gauchesca como literatura nacional, la autora vincula estas nociones con las de “criollismo”, “nacionalismo” y

“regionalismo”, las que a menudo suelen confundirse. La innovación de la autora en el marco de los estudios de la gauchesca es, precisamente, sostener que “términos claves como ‘literatura regional’ y ‘criollismo’ se definen de otra manera en los estudios literarios brasileños e hispanoamericanos, lo que tiene que ver con el hecho [...] de que la literatura gauchesca de Rio Grande do Sul no obtuvo jamás el estatus de una literatura nacional, como en Argentina y Uruguay. Esto lleva a la exclusión de la literatura gauchesca brasileña de la historiografía y de la historia de la literatura latinoamericana” (p. 31), debido a que “los brasileños no lograron crear ningún poema nacional parecido al *Martín Fierro*” (p. 121). “*Que yo también soy poeta*”. *La literatura gauchesca rioplatense y brasileña (siglos XIX-XX)* repara esa exclusión, recompone el mapa y, como las obras realmente importantes, invita a releerlo todo otra vez, desde el principio.

Patricio Pron

Claudia Soria: *Los cuerpos de Eva: anatomía del deseo femenino*. Rosario: Beatriz Viterbo (Estudios Culturales) 2005. 221 páginas.

La relevancia de Eva Perón como figura política, así como su fuerte impacto en el imaginario social contemporáneo es puesta en evidencia por la proliferación de obras literarias (cuentos, novelas, poemas, obras teatrales), films (tanto ficcionales como documentales) y biografías sobre su persona. Es interesante señalar que se trata de un fenómeno que va más allá de la Argentina o del mundo hispanohablante —piénsese, por ejemplo, en el musical *Evita* de Tim Rice y Andrew Lloyd Webber y en su adaptación al cine bajo la dirección

de Alan Parker, o en el ensayo de Naipaul, *The Return of Eva Perón*— y que ha provocado a su vez toda una serie de estudios sobre su persona y sobre los modos en los que ha sido representada. Así, existen numerosos estudios antropológicos, sociológicos, históricos y políticos, desde una perspectiva feminista y desde los estudios culturales.

La editorial Beatriz Viterbo de Rosario, que ya había publicado en 1998 el sugerente trabajo de Paola Cortés Rocca y Martín Kohan sobre las construcciones discursivas de Eva Perón, recientemente ha vuelto a publicar dos investigaciones críticas sobre el significado de Eva Perón: la que aquí nos ocupa y —un año más tarde de su publicación— *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación*, de Susana Rosano. En el contexto de las investigaciones sobre Eva Perón, la novedad de *Los cuerpos de Eva: anatomía del deseo femenino* consiste en analizar el rol y los significados de la misma en el imaginario desde la teoría psicoanalítica en su vertiente lacaniana.

Claudia Soria parte de la premisa de que Eva Perón, en tanto sujeto, se caracteriza por una marcada corporalidad, por lo que le interesa explorar el cuerpo sexuado de la misma como el lugar en el que se inscribe “una historia que no está controlada por la consciencia, menos aún por el lenguaje” (p. 24). En efecto, según esta autora, las representaciones artísticas del cuerpo de Eva Perón funcionan como dispositivos que actualizan no sólo su deseo inconsciente (o goce) sino también “los deseos de otros (las masas, el peronismo, las mujeres, Perón) que hablan a través del cuerpo de Evita” (p. 25).

Por eso, Claudia Soria lleva a cabo un análisis del corpus textual y filmico sobre Eva Perón estrechamente vinculado a la reflexión sobre lo que ella denomina “el cuerpo-artefacto de Eva como máquina tra-

ductora de síntomas” (p. 25). Su propuesta es, pues, discutir las construcciones textuales del cuerpo de Eva Perón en solución de continuidad con la interpretación de las actuaciones del sujeto histórico Eva Perón.

En consecuencia, la investigadora elude u oblitera la cuestión de la relación entre las representaciones culturales del sujeto histórico (el corpus textual sobre Eva Perón) y el sujeto mismo Eva Perón. Su propuesta, sin embargo, no se inscribe en la corriente de pensamiento que, siguiendo a Hayden White, postula que toda historia es historiografía y por tanto no es posible aprehender la historia más allá del relato de la misma. Muy por el contrario, en repetidas oportunidades, ella hace referencia directa a la actuación histórica de Eva Perón —sin analizar los modos en los cuales ese conocimiento es articulado a través un discurso específico y en algunas ocasiones utilizando fuentes histórico-biográficas para validar la información, como en el siguiente ejemplo: “A partir de 1951 la enfermedad le impide a Eva retomar sus tareas en la Fundación Eva Perón (Navarro: *Evita*, 325)” (p. 165). Además, en ningún momento se discute la especificidad o el estatus del conocimiento propio de las fuentes históricas como la de Marysa Navarro en relación con el tipo de saber construido desde textos literarios. En suma, no es la cuestión de la articulación de los saberes sociales sobre Eva Perón (ya sea desde las disciplinas sociales o desde el arte y la literatura) y su impacto en el imaginario social lo que le interesa a esta crítica. Tampoco ahonda en las vinculaciones de distintos grupos políticos con la producción y circulación de imágenes específicas de Eva Perón tal y como lo hiciera Julie Taylor en su trabajo pionero *Evita Peron. The Myths of a Woman* (1979).

En cambio, Claudia Soria analiza tanto las construcciones de Eva Perón-perso-

naje como las actuaciones de Eva Perón-persona a partir de tres indagaciones sobre el rol cumplido por el cuerpo femenino: hija, mujer y madre, asumiendo que lo femenino se define a través de dichos roles. Finalmente, la autora se pregunta por los mecanismos de sublimación del cuerpo femenino que han operado sobre Eva Perón y que constituyen su cuerpo espiritual y hagiográfico. Estas cuatro cuestiones son tratadas en respectivos capítulos y están precedidas por una introducción. La autora incluye además un apéndice en el que describe brevemente tema y argumento de las obras artísticas sobre Eva Perón en las que basa su análisis. Esta inclusión es sin duda alguna de extrema utilidad para lectores no familiarizados con el corpus textual, ya que los textos no son discutidos en su totalidad a lo largo del libro. También en la introducción, Soria hace un recorrido por el gran número de artefactos culturales tanto argentinos como de otros orígenes que han contribuido de manera significativa a la fijación de las diversas imágenes de Eva Perón en el imaginario.

Así, el primer capítulo, que trata sobre la condición de hija, gira en torno a la ilegitimidad de Eva Perón, tendiendo un puente entre su carácter de hija ilegítima y su falta de legitimidad en el escenario político a partir de un análisis de la novela *Santa Evita* de Tomás Eloy Martínez y del film *Eva Perón* de Juan Carlos Desanzo. Para responder a la cuestión de qué es una mujer, Soria analiza en el segundo capítulo la voz y la belleza de Eva Perón como los ejes contrapuestos a partir de los cuales se constituye el cuerpo femenino de la misma; en este contexto la crítica toma en cuenta nuevamente la novela de Martínez, esta vez junto a la de Abel Posse, *La pasión según Eva*. (Aunque la autora tiene en cuenta otras muchas obras, las tres arriba mencionadas se hallan en el centro de

sus reflexiones, también en los últimos dos capítulos.) El capítulo tercero discute a Eva Perón en relación con la maternidad, para proponer que ésta asume el rol de madre de las masas como una *performance* que le permite realizar la maternidad que le es negada en sentido literal. Así, Claudia Soria explica que “si aceptamos como legítima la pregunta por la feminidad —¿qué quiere una mujer?— y su respuesta —una mujer fantasea con tener un hijo del padre— Eva es una madre fecunda ya que obtiene una masa de hijos del general Perón, las masas ‘descamisadas’, que ella voluntariamente ‘adopta’” (p. 124). El tema abordado en el capítulo final, que además funciona como conclusión, es el de la sublimación del cuerpo de Eva Perón en sus representaciones como santa o revolucionaria, lo que a su vez se articularía en el propio cuerpo de Eva Perón después de muerta: “El cuerpo espiritual es el ambiguo espacio en el que el goce fálico y el goce femenino se superponen, se solidarizan y se dan la mano al tiempo que se rechazan, se repelen y se distancian. [...] El cuerpo de Eva y el enigma de su feminidad también hablan de otros muchos, reales y ficticios, personajes y autores, hombres y mujeres que prefieren deshacerse del cuerpo sexuado de Evita para elevar la figura sublimada que borre, niegue y cubra las fallas del cuerpo mortal con un velo sagrado” (p. 199).

En una palabra, adentrarse en la cuestión de quién fue Eva Perón y qué es lo que representa, es para Claudia Soria el punto de partida para preguntar qué es un cuerpo femenino y cómo vehiculiza el cuerpo de Eva Perón la condición femenina representada en el deseo inconsciente. No debe sorprender, entonces, que Soria sugiera interpretaciones psicoanalíticas del accionar político de Eva Perón como las arriba mencionadas, o como la siguiente: “Es precisamente porque Eva proyecta

su cuerpo finito en un cuerpo infinito que funciona emblemáticamente como el cuerpo de las masas en armas, que su cuerpo entra a competir con el cuerpo del gobierno peronista” (p. 115). Así, *Los cuerpos de Eva* se mueve en un espacio en el cual el lenguaje metafórico usado por las representaciones artísticas de Eva Perón y por muchas de las imágenes de la misma que forman parte de la cultura popular son asumidas por su discurso crítico como articulaciones de lo femenino. Queda a consideración del lector, decidir en qué sentido esta perspectiva ayuda a entender la significación social, política y cultural de Eva Perón.

Valeria Grinberg Pla